

# LA LEYENDA DEL CAMÁ-CAMÁ<sup>1</sup>

---

**E**s un duendecillo muy divertido. La primera vez, que Juana nos habló de él éramos ya mayorcitos. Fue en una mañana del mes de mayo. Juana nos hacía madrugar, con el propósito de que durante las horas de menos calor bajáramos a cortar flores para el altar de la Virgen. Por la tarde nos llevaban al pueblo, a la escuela de doña Encarnación. La escuela constaba de una sola habitación, en los bajos de la casa donde vivía con una hija suya y todos los nietos. Yo no sé si doña Encarnación tenía el título de maestra. Tampoco sé si puso la escuela en vista de que tenía que ser forzosamente la instructora de tanto nieto.

El caso es que la única escuela privada que había en el pueblo era la de doña Encarnación. Y dentro de ella organizaba la maestra los cánticos y las loas en honor de la Virgen durante el mes de mayo.

Podían acudir a la devoción todos los hijos de los amigos, pero era preciso que cada cual llevase flores de su jardín para el altar, blanco y azul, que en un ángulo de la clase levantaba sobre unos tableros la vieja maestra.

---

<sup>1</sup> \**Camá-camá* viene traducido en el diccionario de visaya-inglés de Alton Hall (1911) como "pigmeo". Son pequeños espíritus que se dedican a jugar con la gente. Véase la introducción.

Una mañanita tropical, con vaho de evaporación en la atmósfera, Juana nos habló de este duendecillo y nos contó un cuento pagano mientras engarzábamos flores para la Madre de Cristo.

Mi hogar era un caserón cuadrado, asentado sobre muros de mampostería, con amplio zaguán y una habitación a su derecha levantada del suelo medio metro. A la izquierda estaba la escalera, y en el fondo, a lo largo de toda la fachada posterior, un gran espacio rectangular, cuyos lados cortos median la mitad de cada fachada lateral. Esta habitación, más granero que otra cosa, se llamaba la bodega.

En el piso de encima encontrábase las habitaciones nuestras, con su comedor, su gran salón, amplias alcobas y un balcón corrido de tres metros de ancho bordeando la fachada principal y la lateral derecha.

Detrás, separado de la casa por una plataforma abierta, de madera, se levantaba un segundo edificio pequeño, dividido en dos mitades, la cocina y el cuarto de higiene. Todo muy primitivo, pues aunque el fogón era de hierro, se quemaba en él leña; y respecto a la habitación para la higiene, al penetrar en ella se veía una tina alta, de base y boca ovaladas, que hacía de bañera; unos arcones con brazos y respaldos, en cuyas tapas se abrían sendos agujeros grandes, mirando verticalmente a un corral donde había cerdos y gallinas.

Para ahuyentar los olores, se hacían estas habitaciones alejadas del edificio vivienda. Vivíamos el año 1901<sup>2</sup> y estábamos en el Extremo Oriente, muy lejos de la capital, donde existían ya tranvías, conducción de aguas y alcantarillado.

---

<sup>2</sup> \*Adelina entonces tendría tan sólo cinco años. Aquellas fueron fechas de gran conmoción para el país, pues tras la revolución y el fin del gobierno colonial español, la recién instaurada República de Filipinas tuvo que

enfrentarse a las tropas estadounidenses que consiguieron tras duros enfrentamientos el control del país. Negros fue una de las primeras zonas en aceptar el gobierno estadounidense.

En medio del campo no había posibilidad de más lujos ni de más higiene. Además, el sol lo desinfectaba todo. Todo lo que dejaban de engullir los cerdos y las gallinas.

Al pie de la tapia del corral corría una vereda bordeando por un lado la tapia y por el otro un cañadulzal maduro, con el tallo escamado, de hoja seca y la frente empenachada de verde. Pasada la tapia quedaba a la derecha el huerto de la casa, que se extendía hasta la ribera del río. Un río torrentoso, hundido en el barranco seis o siete metros bajo el nivel de la planicie. Su curso festoneaba el huerto con un abrazo húmedo, que se hacía más fértil en el ángulo del codo, corriendo el antebrazo por el lado sur, y abriendo la mano en una laguna remansada en el propio lugar donde terminaba la huerta. La vereda moría en la ribera sobre el brazo del Este, a cierta distancia del codo. Pero antes, y a lo largo de toda la tapia también, cogieron nuestras manos infantiles flores de *sampaguita*, azucenas, *gumamelas*<sup>3</sup> y madreselvas. En la orilla del río, éstas se hacían más tupidas, entrelazándose con la liana y demás enredaderas silvestres del trópico que techan las riberas sostenidas por el entramado del ramaje de los árboles.

Aquella mañana del mes de mayo, Juana marchaba delante llevando un *calalao*<sup>4</sup> sobre la cabeza. Había llovido la tarde anterior espectacularmente, con una tormenta de rayos y truenos seguida de lluvia torrencial. El suelo estaba aún mojado y las huellas de nuestros pies descalzos sellaban el sendero con marcas humanas. Las manos, repletas de flores y húmedas de rocío, se abrían sobre el *calalao* para empezar de nuevo la tarea de cortar. Cuando llegamos al río, ya teníamos las suficientes para el

---

<sup>3</sup> Arbusto de flores grandes variadas. \*Se trata de la *rosa de China*, de nombre científico *hibiscus rosa-sinensis*. Es un arbusto de hasta 4 metros de altura que tiene unas flores muy grandes, de pétalos generalmente rojos

o rosa fuerte. Tiene propiedades medicinales para lo que se utilizan las hojas, la raíz y la flor.

<sup>4</sup> Cesto plano, cuadrado, de bordes bajos.

tributo que doña Encarnación exigía. En vez de adentrarnos en la huerta, torcimos hacia la izquierda, sobre el llano del cañadulzal, huyendo de la humedad del arbolado. Abajo, el río murmuraba la canción clara del agua rizada sobre las piedras limpias y redondas, sobre las arenas frescas que se esforzaban por asomar a la orilla o abrir un islote, en busca de la caricia del sol. Éste lucía esplendorosamente, acelerando la evaporación.

—¿Nos sentamos un rato para ensartar las *sampaguitas*? —preguntó Juana.

—No, yo quiero buscar nidos de *mayas*<sup>5</sup> —contradijo el mayor de los hermanos.

—Y yo voy a ver si anda cerca el *ibid*<sup>6</sup>; el otro día casi le di en la cabeza con una piedra —replicó Carlos. (Carlos era el hermano segundo.)<sup>7</sup>

—Y tú, Luis ¿qué haces? —preguntó Ricardo—; ¿vienes conmigo a buscar nidos o te vas con Carlos?

Luis, el pequeño, se quedó dudando. Luego se decidió.

—Voy por nidos; es más divertido.

—Sí, lo que a ti te ocurre es que tienes miedo al *ibid* —dijo Carlos, y añadió despectivamente—: “Gallina”.

Juana, acostumbrada a oírnos y a no hacernos caso, bajaba ya por el talud, en el lugar más fácil y soleado. El atajo buscaba una diminuta playita de arena llena de sol. Pero antes cruzaba por debajo de la maraña del ramaje y la enredadera, palio natural sobre el sendero. Aquí el piso estaba húmedo

---

<sup>5</sup> Pajarillos rojizos con pico bermejo. Van en bandadas. \*Se trata de un pájaro que abunda en los arrozales y que puede convertirse en una plaga. Pertenecen a la especie *lonchura*, probablemente Adelina hable del tipo *lonchura malacca*, aunque existen muchos otros tipos de la misma familia. Fue el pájaro nacional de Filipinas hasta que fue sustituido por el águila.

<sup>6</sup> Lagarto de río. \*Se trata de la especie protegida *hydrosaurus pustulatus*, endémica de Filipinas. Este lagarto corre muy deprisa y nada muy bien. Tiene una característica alea en la cola y su apariencia de dragón puede asustar.

<sup>7</sup> \*Véase la introducción.

y sobre él se distinguían las huellas rectilíneas y flabeladas que suele dejar la pisada de la gallina. Mientras discutíamos marchábamos detrás de Juana inconscientemente. De pronto surgió mi exclamación:

—Pero, Juana, ¿es que las gallinas vienen a beber al río?

—¿Cómo han de venir si están encerradas en el corral?

—objetó Juana.

—Entonces, ¿de qué bicho son estas pisadas?

—Anda, boba, si son de las patas del *Camá-camá*.

—Yo no he visto nunca ese pájaro —observó el mayor, que presumía de cazador.

—No es un pájaro; es un duende, y a los duendes no se les ve —replicó Juana, consciente de su autoridad y su saber.

—¡Un duende! —rió Ricardo despectivamente—. Papá me ha dicho que los duendes no existen, que tus historias son mentiras.

El pleno sol le infudía valor, alentando su incredulidad.

—Papá sabe que hay duendes, pero no quiere que tengamos miedo —contestó Carlos.

—Embustero, papá dice que no hay duendes. Hoy mismo se lo preguntaremos.

Juana callaba, porque contra la opinión del amo no se atrevía a discutir. Si aquél se enteraba que le desautorizaba podía haber un disgusto serio. Y para que su silencio no nos extrañase, se puso a mascar *buyo*.

—Mira cómo Juana calla —se envalentonó Ricardo.

—Uuu, uuu, uu —gesticulaba Juana, señalándose la boca silenciada por la salivación.

Todos reímos.

—Está mascando y no puede hablar —protesté yo.

Me agarré, mimosa, a su *patadióng*.

—Que vayan éstos por nidos y lagartos. Nosotras

ensartaremos las sampaguitas y tú me cuentas un cuento del *Camá-camá*.

Juana asintió con la cabeza.

—¡Ah! Pues si vas a contar un cuento, yo me quedo a escucharlo —decidió Luis.

—Ya está Periquito entre ellas —se burlaron los mayores.

Habíamos llegado al arenal. Nos sentamos sobre una peña. Luis, indiferente a la burla, se acomodó también.

Los mayores, mientras se alejaban, repetían el estribillo: “Periquito entre ellas. Periquito entre ellas.” Luis les tiró una piedra. El ruido de un cuerpo que se arrastra surgió del matorral en donde había caído aquélla; luego, una cabeza verde, unos ojos saltones, una vértebra erizada y una lengua afilada y partida agitándose entre las fauces abiertas del animal. Era el *ibid*, que huía y se orientaba.

Los dos mayores salieron corriendo tras él. Por encima de nosotros, una bandada de *mayas* pasó piando. ¿Dónde habrían dejado sus nidos? Pero Luis, el pequeño, no se movió. Contento con haberse librado de sus hermanos y de su burla, sonreía esperando con curiosidad. Le apasionaban los cuentos.

Juana escupió el *buyo*. Y comenzó...

El *Camá-camá* es un duendecillo diminuto y travieso, muy travieso, muy travieso. No es pérfido ni obra nunca por malicia; sólo quiere divertirse con diabluras, con burlas y, sobre todo, pellizcando a todo aquel que pasa por su lado ...; pero, bueno ¿vamos a trabajar o no? —interrumpióse a sí misma.

—Tú, Luis, vete clasificando las sampaguitas; coloca aquí las mayores; ahí, las más chicas, y en este rincón, los capullos. Y tú —se dirigía a mí— me vas dando lo que te pida.

Enhebró la aguja con hilo grueso.

—Venga un capullo, luego dos flores pequeñas, luego una grande y otro capullo, y así hasta terminar. ¿Te has enterado?

—Sí —contesté, y repetía—: primero, un capullo; luego, dos pequeñas...

El sol comenzaba a picar, pero nosotros, ligerísimamente vestidos y acostumbrados a sus ardores, agradecíamos la caricia.

—Pues sí, el *Camá-camá* es como un enanito con cabeza y patas de garza. No tiene muchas plumas; la cabeza, las patas y los brazos —que son como unas alitas con dos dedos— van cubiertos de ellas. El resto de su cuerpo es de persona. Con sus dedos se agarra a las ramas de los árboles, y con las alas puede volar un poco para ayudarse a subir más rápidamente, en caso de peligro. Al hacerse visible le persiguen el *ibid* y las iguanas.

—¿Cómo es de alto? —interrumpí yo.

—Ah, pues veréis: el dios de las aves hizo al primer *Camá-camá* de la estatura de un niño de dos años; pero luego sus hijos fueron del tamaño de las garzas que espulgan el lomo de los carabaos.

—¿Y por qué hizo eso? —volví a inquirir, curiosa.

—Pues ese es el cuento. Escúchalo sin interrumpirme. Antes quiero que sepáis que el *Camá-camá* no es un *asuang*. Éste es siempre un ente malo y aquél es un duendecillo travieso, al que le gusta divertirse a costa de los pastores, los niños, los enamorados y los animales de los pastos y de los bosquecillos. Sus grandes amigos son los pájaros. A éstos no les hace burlas ni les juega malas tretas, al contrario, son sus cómplices, los que le ayudan en sus maquinaciones y juegos infantiles. (Dame otra hebra, que ya he terminado esta guirnalda.)

Se la alargué con prisa y con curiosidad. Y continuamos en la tarea de ensartar flores.

—Escuchad —comenzó Juana otra vez—. Hace muchos, muchos años, cientos de años, cuando aún no habían venido los hombres blancos, ni existían arados ni máquinas de

moler caña, cuando se comía lo poco que se sembraba y lo mucho que crecía espontáneamente, así como la caza y la pesca; cuando los bosques eran una maraña espesa de árboles gigantes, lianas, bejucos, arbustos, orquídeas fantásticas, todos poblados de monos, de cacatúas, de murciélagos enormes, iguales a esos que aún se ven alrededor del volcán Canlaon; cuando no había pueblos, ni municipios, ni presidentes, ni concejales; cuando un jefe o reyezuelo mandaba sobre la tribu, cuando había casas edificadas entre las ramas de los árboles, o levantadas en medio de las islas de los lagos, sucedió lo que os voy a contar. En una tribu pequeña mandada por un viejo muy bueno, pero enérgico y valiente...

—Ah, sí, con barbas —interrumpió el pequeño—, como los patriarcas de la Historia Sagrada.

—No, no —replicó Juana—, no tenía barbas. Era un jefe visayo y los hombres de nuestro color no tienen pelos en la cara. La tribu vivía en la costa, cerca de Pulpandan<sup>8</sup>, porque allí la vida era más fácil, el pescado abundante, y con la fruta de los cocoteros se elaboraban muchos alimentos. Sin embargo, sucedía algunas veces que de otras islas del Sur llegaban unos hombres, de color también, pero crueles, ladrones y sanguinarios. Se llamaban moros<sup>9</sup>. No creían en nuestros dioses antiguos ni respetaban las piedras donde moraban las almas de nuestros antepasados, aquellos que protegían las cosechas, enviando la lluvia, regulando la crecida de los ríos, anegando las huertas y fertilizándolas. Los hombres malos tenían otro dios, creían en un profeta que nació en tierra distante, pero que llevó su religión hasta sitios lejanos enviando sus predicadores,

---

<sup>8</sup> \*Pueblecito situado en la costa, al oeste de La Carlota y sur de Bacolod, enfrente de la isla de Guimaras.

<sup>9</sup> \*En realidad este apelativo lo recibieron de los españoles, que les identificaron con los musulmanes del norte de África. Quienes asaltaban las costas eran generalmente piratas.

acompañados de guerreros, en unos *praos*<sup>10</sup> veloces que arribaban a todas las playas. Y ellos, haciéndose de aquella religión, comenzaron a maltratar a sus hermanos, los de las otras islas. Llegaban cautelosamente durante la noche, con sus rápidas embarcaciones, y saltaban a tierra en silencio mientras el poblado dormía. Una vez en el caserío, lanzaban sus gritos guerreros y saqueaban a los pobres habitantes, llevándose cautivos a los más principales.

El jefe, viejo, noble y valiente, tenía también una mujer buena y un niño de diez años, muy fuerte, muy hermoso, pero excesivamente travieso. A su madre le daba enormes disgustos porque se ausentaba sin permiso y hacía jornadas tierra adentro, donde los reptiles acechaban a sus víctimas y los gavilanes eran como águilas enormes, capaces de llevar un niño entre sus garras. Mientras descansaba de sus escapatorias se entretenía en hacer diabluras, rompiendo los cilindros de bambú llenos de agua dulce, descolgando las ristras de maíz de los aleros y paredes, arrojándolas luego a los cerdos, y tirando piedras a los animales domésticos para ahuyentarlos del poblado. Ensuciaba el agua de los manantiales, daba avisos falsos de la presencia de animales dañinos, para engañar a los mayores, que salían a combatirlos con sus lanzas; ponía trampas en las entradas de las casas, que atrapaban a los habitantes incautos, y cuantas ideas molestas cruzaban por su mente las ponía en práctica inmediatamente. Y, sobre todo, pellizcaba despiadadamente a quienes se pusieran a su alcance. Las bromas llegaban a ser tan inconvenientes algunas veces, que los súbditos de su padre, impotentes de tomarse la justicia por su mano, presentaban a su jefe las quejas contra el hijo. Entonces el buen rey viejo llamaba a éste y, delante de

---

<sup>10</sup> Embarcaciones rápidas de vela, malayas.

su madre, le reñía suavemente, añadiendo luego una letanía de buenos consejos, exponiéndole ejemplos de otros jefes, que antes de serlo fueron buenos hijos, respetuosos de los súbditos de su padre, que habían de ser suyos luego.

El niño se llamaba Ino-Dactú. Prometía enmendarse, compungido y dolorido; su padre le perdonaba y su madre le dormía en su regazo, mientras invocaba la bendición de sus dioses para el futuro jefe de la tribu.

Después de una travesura de mayor importancia que las anteriores, su padre llegó a ponerle las manos encima. Con este motivo, el arrepentimiento se exteriorizó más que ningún otro día y juró solemnemente ante su madre reprimir sus instintos y no causar nuevas inconveniencias, molestias y males a los vasallos de su padre.

Ah, pero al siguiente día salió de su gran casa con muy buenas intenciones, el sol las tostó primero, se hicieron quebradizas, luego se rompieron y el viento caliente las llevó lejos, lejos. Él también se fue, con sus intenciones buenas, por los valles y las cumbres, a empapar sus pies en el rocío de las hierbas exuberantes, a rozar su frente con la caricia de las hojas olorosas, a atalayar desde los copudos árboles lejanías sin horizonte, alturas sin límites, cielos azules, que se fueron haciendo fuertes en su color y luego oscuros, bordados más tarde con lentejuelas doradas que guiñaban sus reflejos sobre una campiña dormida en la media luz del crepúsculo. Se había hecho de noche. Ya no podía espejar su rostro en los arroyos, y esperó, esperó hasta que la luna inundó los espacios. ¡Qué pronto se había pasado el tiempo aquel día! ¿Y dónde estaría? ¿Lejos de su casa? Si no supo medir las horas, tampoco sabría medir las distancias. Estaba cansado, solo..., tuvo miedo.... se acordó de sus padres... ¿Por qué tan pronto los había vuelto a desobedecer? ¿Por qué tan raudamente se iban de su alma los

propósitos de enmienda, los buenos deseos de ser agradable y dulce en la vejez de su padre, el rey; en la ternura de la reina, su madre? ¿Qué espíritu del mal o de la inconsciencia arañaba de su frente la reflexión y el buen sentido?

No, no podía meditar mucho en estas cosas; la noche se llenaba de ruidos, de brisas, de crujidos, de llantos, de zumbidos. Los cucuyos, guiñando sus lucecitas, apagaban y encendían cada hoja y cada flor en el ramaje; los pájaros nocturnos emitían sonidos lúgubres, o martilleaban secamente sobre una misma nota monótona; pero el ritmo también le atemorizaba; cuando se acercaba a los ríos, oía el llanto de los cocodrilos, las ráfagas suaves del viento prestaban siseos medrosos a la espesura. Ino-Dactú aceleraba el paso, sin saber si retornaba a su hogar o si se internaba más en la selva. Notó, sin embargo, que el arbolado se iba haciendo más bajo y menos espeso, que las matas se poblaban con el chirrido de las cigarras, que la luna ponía claros más anchurosos sobre el paisaje y esto le dio alientos.

Huyendo, huyendo siempre, apresuraba su andar, corría casi para librarse también del eco de sus pisadas, del crujido de las hojas bajo sus pies. Jadeaba rendido cuando surgió de la selva a la llanura. Los herbazales soñaban su idilio de luna llena, a sus sentidos subía el olor penetrante de las madreselvas, y, viéndose tan pequeño y tan solo en la inmensidad de la noche tropical, sintió un temblor extraño en sus piernas y cayó al suelo.

Y le pareció que una mariposa le rozaba con sus alas, que una golondrina le picoteaba, suavemente primero, más enérgicamente después, las orejas, la nuca y hasta los ojos; finalmente, los picotazos se hicieron feroces y dolorosos sobre su corazón. Despertó. Ante sí vio un bulto blanco que se fue dibujando poco a poco en su despertar. Y en seguida, una voz

estridente que gritaba: “De prisa, de prisa, que lo veo venir, que ya se acerca.”

Era una cacatúa blanca y rosada la que así gritaba, pero el cúmulo algodonoso que advirtió en su despertar fue una garza, que le susurró imperiosamente al oído: “Sígueme sin titubear, sin volver la cabeza, sin preguntar.”

En su voz había algo divino que captaba la voluntad y él se levantó corriendo tras de ella, que se alejaba abandonando el sendero y la vegetación.

Un cuerpo avanzaba arrastrándose en pos de los fugitivos y de reojo vio Ino-Dactú las fauces abiertas de un cocodrilo, que acechó la presa desde la ribera del arroyo caudaloso y corría a hacerse cargo de ella para el vientre hambriento de toda su madrigera. La cacatúa seguía gritando: “¡Que os coge, que os coge!” Pero su voz agria se perdió pronto en la distancia, en el espacio y en el plenilunio de la llanura.

Y de pronto también la garza se paró, volvióse hacia Ino-Dactú y le dijo dulcemente:

—Siéntate, ya puedes descansar.

El niño, aterrado todavía, giró la mirada por los alrededores.

—No temas —volvió a decirle la garza—, los ríos y las selvas quedaron lejos, ya no hay cocodrilos ni serpientes grandes. Las pequeñas de los herbazales no se atreven a acercarse a mí. Reposa tranquilo.

—Gracias —balbuceó Ino-Dactú—. Pero, dime, yo no sabía que las garzas pudiesen hablar.

—Yo no soy una garza como todas las demás; el amor me dio la voz, el corazón me prestó la palabra. Pero tú no sabes nada de esto todavía.

El niño la miró perplejo.

—¿Estoy muy lejos de mi casa? —preguntó.

—Sí —replicó la garza.

—Pero aquellas palmeras que se ven enfrente son los cocales<sup>11</sup>.

—Son cocales, en efecto, pero no los de tu poblado. Toda la ribera tiene cocales, y tú anduviste mucho paralelamente al mar, internándote poco en la espesura.

—Yo quiero volver en seguida a mi casa. Mi madre debe estar muy triste.

—Tu poblado..., tu madre... —suspiró la garza tristemente, sin concluir la frase.

—Sí, mi poblado, mi madre —gimió Ino-Dactú, ajeno al sentido de las palabras de la garza.

—Descansa un poco más —interrumpió ésta—. Marcharemos directamente al mar, y desde allí, bordeándolo siempre, descenderemos hasta tu lugar.

—Ya he descansado; vamos.

Se levantó impaciente y comenzó a andar.

Era voluntarioso el hijo del reyezuelo malayo. La garza se adelantó humildemente y le señaló el camino.

Desembocaron en el cocotal poco antes de romper el alba.

Sobre el mar, en la lejanía, la fosforescencia rodaba espumas iluminadas, y al venir el crepúsculo matutino dibujó la silueta de unos *praos* veloces que se alejaban de las playas visayas.

—¿Serán moros? —preguntó Ino-Dactú con cierto temor.

—Pueden serlo —musitó la garza imperceptiblemente.

—¿Irán a saquear mi poblado? —volvió a interrogar el niño con inquietud.

---

<sup>11</sup> Extensiones sembradas de cocoteros. \*Remontarse a un pasado pre-hispánico, le cuesta a la autora ciertos desfases en cuanto al ambiente y naturaleza en la que se sitúa el relato. En este caso los cocoteros no se pro-

ducían todavía en cultivos y no constituían uno de los alimentos principales. Véase William Henry Scott *Barangay. Sixteenth-Century Philippine Culture and Society* (Ateneo UP, 1994).



—¿Serán moros?

—Llevan la dirección opuesta.

—Vamos pronto, vamos pronto. Yo quiero llegar a casa.

Y otra vez hicieron el camino, a lo largo de la playa ahora, sobre las arenas húmedas, blancas de sol y de conchas, tiernas de agua marina, ausentes de huellas.

El poblado de Ino-Dactú era una mancha negra, enlutada por el fuego y el saqueo. Los moros habían estado allí; la hermosa vivienda de *nipa* y bambú con adornos de maderas finas en la escalera, y el frente de la casa, yacía aplastada sobre el suelo, hecha carbón y cenizas. Sólo los utensilios de hierro, armas en su mayoría, conservaban su forma, sin lustre y sin pulimento. El niño lo contempló todo a distancia, y el dolor, el coraje, el rencor, le hicieron hombre. No lloró. Apretó los dientes y permaneció silencioso largo rato. Luego se acercó al trozo de tierra donde se había levantado su vivienda, rebuscó con los pies y las manos y cogió un *bolo* que había usado su padre más que ningún otro, como un favorito entre sus armas. Era pequeño y encajó bien sobre su cintura, atada la vaina de madera al cinturón de rota<sup>12</sup> entrelazada que sostenía en su sitio la exigua vestimenta del muchacho. Torso desnudo, piernas desnudas y sólo un lienzo fuerte de colores chillones partía del cinturón por encima del ombligo, se ceñía al cuerpo entre los muslos y subía otra vez al cinturón bien anudado, para caer suelto después hasta las corvas.

Ino-Dactú quiso reconocer luego los cadáveres mutilados y calcinados que, en contorsiones macabras, yacían en el suelo; por alguna sortija sin valor, por algún arete sin precio, supo de esta o aquella persona. Ninguno le pareció su padre ni su madre. Tampoco los criados de la casa parecían haber

---

<sup>12</sup> \*Se trata del *ratán*, una palmera tropical de la que existen muchas variedades. Se cultiva por sus semillas comestibles y por sus

tallos que se utilizan en cestería, cuerdas y para fabricar muebles.

sido muertos, ni los principales del poblado. Sin duda se los llevaron cautivos, en espera de un rescate, o para esclavos los más fuertes. ¿Y su madre? ¿Qué harían con su madre? ¿Esclava? ¿Favorita? Ante estas ideas sintió Ino-Dactú que el corazón se le apretaba. Alejándose del lugar, se sentó en el suelo; hundió la cara entre las rodillas levantadas, mientras con los brazos cruzados y apoyados sobre ellas se cubría la cabeza. La garza, entristecida también, se colocó a su lado, y con el pico acarició sus cabellos. Ante esta única ternura del momento, Ino-Dactú levantó la cabeza, apretó el cuerpo blanco de la garza contra su pecho y, bajando la frente hasta su plumaje, lloró amargamente mucho rato. Ninguno de los dos hablaba. Silencio y lágrimas, lágrimas y silencio. El niño se fue quedando dormido; la garza lo dejó caer suavemente sobre el suelo y, rendido de sueño y de cansancio, durmió muchas horas. Pero en el cuello de la garza blanca las lágrimas del hijo del rey malayo dejaron un collar de perlas limpias, gruesas, preciosas, de un valor inapreciable.

No muy lejos de aquel paraje, pero bastante internado en la selva, había vivido un hombre en una casa que edificó él mismo entre las ramas de un frondoso *talisay*<sup>13</sup>. Este hombre solitario, había venido de otra isla en busca de arenas de oro, de piedras preciosas y de perlas, porque alguien le contó que en épocas remotas habían abundado estos tesoros en aquellos lugares. La leyenda narra que todo cuanto iba encontrando lo llevaba

---

<sup>13</sup> \*El nombre científico del *talisay* es *terminalia catappa*. Se trata de un árbol tropical conocido en español como almendro de la India, aunque se encuentra en todo el sudeste asiático hasta Australia. Puede alcanzar los 35 metros de altura, siendo sus hojas grandes de hasta 15 por 25 cms. A diferencia de otros árboles tropicales éste es de hoja caduca, la cual cambia en colores desde el amarillo pa-

sando por el rojo hasta el violáceo antes de caer. Sus ramas se extienden horizontalmente y produce una estupenda protección del sol. Hoy se utiliza como árbol ornamental, no obstante, en aquellos lugares donde es autóctono, como en Filipinas, su fruto y sus hojas se utilizan con propósitos medicinales y su madera para fabricar embarcaciones.

siempre encima de sí, hasta que un día bajó con su carga al fondo del mar, buceando tras una perla de gran tamaño y murió ahogado, sin conseguir salir a la superficie arrastrado por el peso de sus piedras y metales. La casa en la copa del árbol aún existía, pero sólo los pájaros se atrevían a acercarse a ella. La garza condujo al muchacho a esta vivienda, para que tuviese un lugar donde reposar y un escondrijo donde ocultarse antes de que las tribus vecinas se enterasen de que el hijo de su antiguo enemigo había sobrevivido a la catástrofe y quisiesen vengar en él los agravios de su padre.

Limpiaron de alimañas la única habitación de la casa, extendieron en el suelo una capa de hojas secas con mullido de algodón de árbol y flor de *tigbaw* y colocaron encima las láminas verdes de la hoja del plátano para que el lecho fuese blando y fresco. Tres garzas montaron guardia, siendo ellas las encargadas de ahuyentar a los reptiles y los insectos, y un mono le subía el agua para su sed.

Se despacharon entonces doscientas *mayas*, que, volando en bandada, lograsen localizar a los moros secuestradores de los padres de Ino-Dactú. Mientras esperaron sus noticias, se cortó un tronco corpulento y fuerte; tallaron en él un hueco, le dieron forma de quilla con la proa bien afilada y terminaron la embarcación poniéndole un mástil y una vela robada por los monos a las tribus vecinas.

Al fin, un día las *mayas* regresaron y relataron todo cuanto habían visto y averiguado. Sabían que los moros eran de Joló, conocían exactamente el lugar donde se hallaban los cautivos. El reyezuelo estaba enfermo y parecía tener poca vida. Su esposa, reclusa algunas temporadas, formaba parte de la servidumbre de la favorita cuando salía de viaje. Esto entristeció mucho a Ino-Dactú, pero reaccionó rápidamente. Precisamente para liberarla cuanto antes de su cautiverio debía

actuar en seguida. Rogó a la garza que reuniese en consejo a todos aquellos animales que les habían ayudado hasta entonces y que les pudiesen ayudar de allí en adelante.

—Antes de nada —le dijo a la garza—, dime cómo he de llamarte.

—Por mi nombre —replicó ésta con un tono de autoridad.

—¿Y cuál es tu nombre? —inquirió el niño.

—Me llaman Mahamut —contestó orgullosa.

Mahamut quiere decir “olorosa”.

—Precioso nombre —admiró Ino-Dactú—, pero ¿por qué te lo pusieron y quiénes te lo adjudicaron?

—Mis padres colgaron su nido en la rama más alta y escondida de una gardenia gigantesca. Mi madre puso tres huevos; los otros dos se malograron y nació yo sola cuando el arbusto estaba tan florecido que contenía tanta flor como hoja. Y más que ninguna otra garza lo haya sido nunca, nació yo blanca y perfumada con el intenso perfume de las gardenias que me vieron nacer. Entonces, el dios de las aves me llamó Mahamut.

—Bien, Mahamut; esta noche en mi casa nos reuniremos todos.

Asistieron los monos, las garzas, las ratas, dos águilas amigas de Mahamut, la cacatúa que les libró del cocodrilo y un búho sabio.

Presidía Mahamut y enfrente se sentó Ino-Dactú.

—La señora Cacatúa va a prestar juramento de no repetir nada de lo que aquí se hable. Todos conocemos la facilidad con que repite cuanto oye, y es menester que por su honor prometa no hacerlo.

La pobre Cacatúa juró, imponiéndose el sacrificio de callar por amor a Ino-Dactú.

—Se trata —comenzó Mahamut— de buscar un medio

para poner en libertad a los padres del príncipe. Se sabe que están en Joló; las *mayas* nos llevarán al lugar exacto donde se encuentran, pero una vez allí, ¿cómo conducirles hasta nuestra embarcación sin ser vistos por sus guardianes o por las gentes del palacio del sultán?

Los monos comenzaron a chillar diciendo mil tonterías a la vez.

Esto le molestaba de tal forma a Ino-Dactú, que estuvo a punto de expulsarles de la reunión, pero Mahamut le había advertido de antemano que tuviese paciencia con ellos, puesto que eran los únicos que podrían penetrar por agujeros relativamente pequeños y hacer mil cosas útiles con las manos. Trepaban y saltaban bien, y aunque su estupidez no tenía límites, en un momento dado podrían ser insustituíbles.

—Está muy bien, está muy bien todo lo que sugerís —les dijo adulándolos Mahamut—, pero hemos de escuchar también a los demás.

Y dirigiéndose a una ratita le preguntó:

—¿No podrías tú dar algún consejo?

La ratita era sabia —casi todas lo son—, y contestó:

—Para esta empresa hace falta poner mucho valor, ya que habrá que arriesgarlo todo, yendo a ciegas a la acción. El que lo tenga debe personarse en el lugar donde se hallen los cautivos, y una vez allí, estudiando el terreno, hacer los planes necesarios.

Como los monos no son demasiado valientes, comenzaron a chillar otra vez.

—¿Y quiénes crees tú deberían ir? —volvió a interrogar la garza.

La ratita reflexionó un momento y dijo:

—Iré yo con mis dos hijos mayores; nosotras como ninguno podemos trazar pasajes subterráneos desde un lugar del bosque hasta las mazmorras.

—Pero es que la reina está en una especie de torreón levantado sobre un montículo guardado día y noche — replicaron las *mayas*.

—Estaba —dijo la ratita—, ¡pero quién sabe si la habrán trasladado a alguna mazmorra a donde es tan difícil llegar! Por si aún sigue allí, iréis vosotras también, para llevarla los mensajes sin llamar la atención, y las águilas, para los menesteres de la vigilancia desde los aires. El señor Búho, que ve mejor de noche que de día...

—No —interrumpió el búho adivinando que le iban a comprometer en una aventura incómoda y poco científica—, no; conmigo no contéis. Me parece tan absurdo lo que pretendéis, que mi prudencia se subleva contra ello, y mi consejo es que desistáis.

—¿El búho nunca tuvo madre? —preguntó algo insolente Ino-Dactú.

—De ella aprendí la prudencia; ni aun por salvarme a mí hubiera acometido una empresa tan desatinada como la que vais a emprender. Príncipe, si el destino de vuestra madre es la prisión o la servidumbre, nada puede cambiar lo que las estrellas decretaron.

Se rascó la cabeza con la pata, descendió de una rama y se alejó del lugar.

Ino-Dactú se puso de mal humor, y con acento autoritario preguntó a los monos:

—Y vosotros ¿querríais venir si fueseis necesarios?

Todos intentaron contestar a la vez, pero no se entendió a ninguno.

—Que hable uno sólo —gritó el príncipe.

Se adelantó una mona en nombre de los demás.

Situada entre la garza y el niño comenzó así:

—Nosotros acompañaríamos gustosos al príncipe si el viaje hubiera de ser por tierra, pero el mar...

—La barca es segura —interrumpió una de las ratas—. La hemos examinado y ofrece todas las garantías, y cuando nosotras, las ratas, lo aseguramos es porque así es.

—No se trata del miedo a naufragar —contestó la mona—; es que ya saben todos que los monos nos mareamos embarcados.

—¡Ja, ja, ja! —rió Ino-Dactú—. Se marean, ¡ja, ja!, se marean.

—Si el príncipe se burla de nosotros...

—Sí, me burlo, me burlo. Podéis quedaros. Habéis sido hasta ahora compañeros de todos mis juegos, tretas y diabluras; cómplices a lo largo de mi vida; pero después de oíros me da vergüenza teneros por camaradas, y de aquí en adelante seréis víctimas mías en vez de lugartenientes. ¡Cobardes!

La mona enfurecida, gruñía enseñando los dientes, y se volvió a armar la algarabía.

—Y si en lugar de ser nosotros las víctimas fueses tú el que...

No concluyó de hablar, porque la garza le propinó tal picotazo en una oreja, que de un salto vino a caer a los pies de Ino-Dactú, quien, a su vez, colocó el más formidable pisotón sobre su rabo diciendo:

—Pues toma para empezar. El que da primero da dos veces. La guerra queda declarada.

La mona salió aullando de dolor, y tras ella, de rama en rama, fue toda la manada.

—¿Hay alguno más que quiera irse? —preguntó Ino-Dactú. Nadie se movió.

—¿Y tú, señora Cacatúa?

—Yo iré gustosa a donde el príncipe me mande. Además, puedo ser muy útil; nadie como yo aprende con tanta rapidez las lenguas, nadie imita tan bien las voces, los modos de emitir y de pronunciar. Yo podría hacer creer al sultán o a su favorita

que le hablaba algún antepasado, llenándole de pavor. Oír una voz sin saber de dónde procede y sin ver al que habla infunde miedo sobrenatural.

—Ya está, ya está, ya encontré la solución —gritó Ino-Dactú golpeándose la frente—; con burlas y supercherías espantaremos a los moros, y cuando se hayan alejado del lugar, libertaremos a mis padres.

La idea de hacerlo así, engañando a sus enemigos, entusiasmaba a Ino-Dactú; pero la garza y las ratas pensaron que no se podría obrar tan a la ligera. Sin embargo, no osaron llevarle la contraria, temerosas de despertar otra vez su mal humor.

—Puesto que está dispuesto que vayamos los que aquí nos encontramos, lo mejor es ponernos en camino en seguida. Y una vez allí, trazar el pan de acuerdo con el lugar y las circunstancias.

Las ratas asintieron y se fijó el día de la marcha. Almacenaron en la barca una buena cantidad de cocos, agua, pescado seco y arroz, eslabón y pedernal para hacer fuego, con otras cosas necesarias.

El día antes de la salida vinieron las ratas a contar a Mahamut que por una conversación escuchada desde un canalillo seco, se habían enterado que un primo de Ino-Dactú estaba reclutando gente y fabricando armas. No sabían para qué, pero se temían que este pariente del reyezuelo quisiese volver a formar la tribu erigiéndose él su jefe y usurpando así el lugar de Ino-Dactú, heredero directo del mandato que su viejo padre ostentaba.

—No se lo digáis al príncipe—recomendó la garza—; si se prepara una usurpación, debemos traer al rey o a su compañera lo antes posible. Por lo tanto, hemos de zarpar sin pérdida de tiempo.

Una noche de luna partieron de las playas visayas. Sin alejarse de la costa remontaron el cabo y pusieron proa al Sur. Agarrado al timón, Ino-Dactú acariciaba con la otra mano a Mahamut, la frente muy alta y la mirada en las estrellas.

—Ya había dicho antes —prosiguió Juana— que una de las aficiones más arraigadas en el hijo del reyezuelo visayo era el dar bromas pesadas a todo el que se pusiera delante. Las tretas, las añagazas, las travesuras, estaban tan metidas en su sangre, que sólo en los momentos más graves de su vida procedía con seriedad y raciocinio. Lo más doloroso que le había sucedido desde su nacimiento había sido la destrucción de su hogar y de su tribu y el secuestro de sus padres. Ya sabéis que hasta lloró, y su llanto había sido tan sentido, tan precioso, que las lágrimas se ensartaron en torno al cuello de la garza protectora. Durante los días que siguieron a la hecatombe, Ino-Dactú no dio una sola broma ni procedió maliciosamente con ninguno de los animales que le rodeaban. Estaba triste y no podía divertirse. Sonrió con rabia cuando la mona recibió su castigo por haberle faltado al respeto, y se prometió hacer a los de su especie el blanco de sus burlas y jugarretas.

Pero como tal inclinación estaba amasada en su alma con tinte imborrable, pronto salió a la superficie otra vez el color de sus aficiones, y desde el momento en que la cacatúa le inspiró la idea de hacer el rescate asustando a los moros con imitaciones de voces de fantasmas y de antepasados, el niño se ilusionó con una empresa que iba a divertirle, y como, además, era optimista en sumo grado, se fue borrando su tristeza a medida que se acercaba con su barca al lugar donde iba a encontrar a sus padres. Así, pues, el viaje fue agradable para él.

Navegaban siempre de noche, costeando, y descansaban durante el día, al amparo de los arrecifes, donde pescaban o

desembarcaba Ino-Dactú para hacer una buena provisión de cocos, cogiéndolos en los cocoteros de las playas.

Si alguna vez se cruzaban con otra embarcación, Mahamut se escondía para no llamar la atención, y el chiquillo tendía una red pretendiendo pescar o buceaba hondo para hacer creer a los que le miraban que era un pescador de perlas. Como le veían un niño y sus trazas eran de pobre, le deseaban buena suerte y se alejaban sin molestarle. Hasta los piratas se reían de él, sin sospechar cuál era su cuna y qué empresa alentaba su pecho juvenil, pero bravo.

Las águilas y la cacatúa volaban sobre tierra firme y sólo embarcaban para pasar de una a otra isla, proyectando de antemano el lugar de cita donde habían de recogerlas. Las ratitas comían maíz y arroz, inspeccionaban la barca para asegurarse de sus buenas condiciones y daban consejos sabios, llenos de buena voluntad, al hijo del reyezuelo. Mahamut pescaba pececitos, que eran su alimento predilecto, en los remansos de las playas o sacándolos del mar con su pico tan pronto como se acercaba uno a la barca. Y cuando el viento soplaba recio, sin huracanarse, Ino-Dactú desplegaba la vela china, que, como un ala de murciélago, se extendía y se hinchaba, dando velocidades fantásticas a la embarcación, que, levantando espumas y fosforescencias, avanzaba, avanzaba sobre el mar tropical de la Insulindia<sup>14</sup>. Entonces el niño, príncipe y marino, sujetaba fuertemente el timón y maniobraba, con la mirada de águila clavada en las olas, con el torso moreno inclinado hacia delante y los nervios y el espíritu en tensión. Era un deporte que le entusiasmaba haciéndole olvidar todo. Hasta la blanca y tierna Mahamut

---

<sup>14</sup> \*Nombre que recibía la región malaya, componen Malasia, Indonesia y Filipinas. que corresponde con la zona geográfica que

yacía ausente, un poco triste, en el fondo de la barca. ¡Ah!, pero en las noches de calma obtenía la garza un precioso desquite. Al lado de su príncipe, en pie, porque no había temor a que el viento la llevase, contemplaba el rielar de la luna sobre las aguas somnolientas. La barca, casi inmóvil no necesitaba atención, y entonces Ino-Dactú acariciaba a Mahamut y cantaba canciones nostálgicas de la tierra dulce, sonos melancólicos, melodías de mar, lamentos de amor, añoranzas de cautivos en tierras extrañas o anhelos de siervos eternamente enamorados de princesas, de hijas de jefes, de mujeres cuya casta más elevada las hacía imposibles a su amor. O bien remedos de cantos de pájaros, silbidos, gorjeos y gritos de selva, o lamentos largos y potentes, como la voz del océano y la resonancia de las enormes caracolas de las playas del trópico. Se tendía boca arriba sobre la barca y miraba a las estrellas, todas luz, todas ensueño, mientras Mahamut reposaba sobre su pecho y rozaba con el plumaje de su cabeza los labios del muchacho. Felicidad mayor no podía existir para la garza enamorada —porque eso es lo que le ocurría a Mahamut, que estaba enamorada de Ino-Dactú—. Sin embargo, un pájaro no puede casarse con un ser humano. También su amor era un imposible, al menos que algún hada o algún dios realizasen con su varita mágica el milagro de transformarlos. Mientras esto pudiera llegar a ser, Mahamut, resignada, amaba intensamente al príncipe y le servía con abnegación, con ternura, con heroísmo. Y por razón de este amor, tan grande como imposible, la felicidad inundaba sus horas y su pecho en aquellas noches de luna y de mar en calma, en las cuales Ino-Dactú, ante la imposibilidad de navegar, se abandonaba al suave vaivén de la embarcación y cantaba de cara a las estrellas, mientras su garza le besaba con el beso blanco de su plumaje.

Al fin llegaron. En el torreón ya no estaba la madre de Ino-Dactú. Tampoco estaba en ninguna mazmorra. Las ratas visitaron todas y supieron de la muerte del reyezuelo, padre del príncipe. Y mientras buscaban a la esposa del jefe, la cacatúa ensayaba sus voces fantasmales.

De retorno de un vuelo, las águilas trajeron la nueva de que la esposa del reyezuelo visayo se hallaba con la favorita pasando unos días cerca de la fuente de la Salud. Ésta última, aquejada de una enfermedad desconocida y misteriosa, había ido a desagaviar al Profeta, tallado en piedra<sup>15</sup>, que guardaba la entrada de la fuente, y se había quedado unos días a beber el agua que sanaba. Cumplida su misión, la favorita regresaba para reunirse otra vez con el sultán. Pero no volvía curada, al contrario, su mal se había agravado. El sultán, guerrero incrédulo y sanguinario, esperaba poco de la fuente de la Salud y hasta dudaba del Profeta. Fatalista, como buen mahometano, dejaba al Destino resolver por sí solo los problemas. Aquella misma noche la cacatúa se posó cerca de su ventana y comenzó la faena. Antes, una de las ratitas, emplazada en el ángulo superior exterior de la alcoba del sultán, roía el bambú del entramado con ritmo misterioso y despertaba al soberano. En seguida la cacatúa emitía un sonido lúgubre e inmediatamente, con la misma entonación pero entubando más la voz, decía en dialecto joloano<sup>16</sup>: “Se acerca tu castigo.”

El sultán saltaba del catre de bambú, adornado con hojas entrelazadas de cocotero, y se asomaba para descubrir al charlatán. Pero ya la cacatúa había volado y la ratita se había escondido.

---

<sup>15</sup> \*Adelina muestra en este cuento su desconocimiento de la religión musulmana.

<sup>16</sup> \*Pertenece a la isla de Joló, al sur de Filipinas en la provincia de Sulu donde la po-

blación es predominantemente musulmana. La lengua y el grupo étnico más extendido es *tausung*.

Cuando la favorita, en los días que siguieron, escuchó la lúgubre voz de la cacatúa anunciando un castigo que parecía haber empezado ya con su enfermedad, se atemorizó tanto que hubo necesidad de montar guardia especial para ver si se descubría la patraña o, por el contrario, quedaba confirmado el presagio con la persistencia de la voz misteriosa, como un anuncio sobrenatural.

Ino-Dactú y su comparsa debían, pues, actuar con mucha mayor cautela. Se le propuso a la cacatúa teñirla de negro para mejor impedir su visibilidad, pero ella, presumida y envanecida con la belleza de su plumaje, se negó en rotundo.

—Prefiero correr el riesgo de que me atraviesen el pecho con un flechazo antes de consentir tal tropelía —gritó indignada.

Y como suspender la farsa hubiera sido fatal para la empresa de salvar a la madre de Ino-Dactú hubieron de continuar en su cometido, situando a la cacatúa un poco más alejada del palacio, disimulada entre las flores blancas de un magnolio. La garza montaba guardia en otro árbol más distante, y casi al borde de la empalizada, Ino-Dactú, echado sobre el suelo dentro de un embudo de tierra, observaba a la cacatúa y a la garza, dispuesto a auxiliarlas en cualquier momento de peligro. Los soldados del sultán vigilaban haciendo ronda por la floresta, unos con lanzas, otros con arcos y flechas. Mostraban serenidad y audacia hasta el momento en que la cacatúa lanzaba su grito lastimero. Entonces palidecían de terror, incapacitados de escuchar con atención la frase siguiente para mejor localizar la garganta que la emitía. Estaban convencidos de que no existía tal garganta, de que era una voz de ultratumba la que así hablaba, y en cada nueva noche íbanse alejando cada vez menos de la vivienda del sultán. Éste, enfurecido, los sustituyó con guerreros más audaces; pero también éstos

rehuían poner su valor al servicio de una lucha no contra hombres sino contra los poderes sobrenaturales.

Las ratitas hacían sus correrías durante el día, recogiendo los comentarios y explorando el ánimo de las gentes. En la intimidad de los hogares se murmuraba ya contra la irreligiosidad del sultán, que se negaba a dar por hecho un aviso directo de los dioses. El pánico cundía. Las águilas hacían amistades con las aves y animales de los alrededores para enterarse de los rumores. Y a sus oídos llegó que un búho, al cual consultaban los astrólogos del sultán, se iba dando cuenta de la farsa y estaba a punto de hablar. Aquello era un gran peligro, pues el búho, con su fina vista en la oscuridad, había descubierto a la cacatúa y se había enterado luego que actuaba por cuenta de un muchacho malayo a quien se veía en compañía de una garza. Las *mayas*, pío-piando, también confirmaron lo que repetía la voz popular.

—Lo que no sabe el búho —decían— es que somos muchos en la conspiración, y lo que más le intriga es dónde nos escondemos durante el día.

—Me he olvidado deciros —nos advertía Juana— que Ino-Dactú dejó la barca bien oculta entre la vegetación de un arroyo, que era un afluente del río grande, por donde se llegaba a la residencia del sultán. Este río principal salía al mar por la costa sur de Joló, mientras el afluente desembocaba en otro ramal que a su vez moría en la costa oeste. Por el río mayor entraban embarcaciones grandes y juncos chinos. Pero el búho, que había visto a la cacatúa y que descubrió luego a Ino-Dactú de bruces sobre el suelo, y más tarde levantarse y unirse a la garza, les perdía de vista tan pronto como amanecía y el sol le dejaba ciego. Cuando la recobraba con el oscurecer ya estaba el niño en su escondite dentro del parque del sultán, de forma que no se enteraba de dónde venían.

Las águilas trajeron la nueva de que, por mediación de un gato montes, el búho les había propuesto que le prestaran el servicio de averiguar el paradero de un muchacho y una garza que andaban por aquellos lugares, a lo cual ellas, las águilas, se prestaron gustosas, pretendiendo una alta remuneración, para mejor despistar al docto noctámbulo. Pero al ver éste cómo los días pasaban sin que las águilas le proporcionasen información alguna se dio cuenta de la burla, y, sin esperar más, puso en conocimiento de los astrólogos todo cuanto sabía. Los informes le vinieron al sultán de perilla, porque ya la favorita, presa del terror más grande, se había negado a permanecer en palacio y se había vuelto a la fuente de la Salud con la madre de Ino-Dactú. El sultán, enfurecido, proyectó una venganza refinada, llevada a cabo con sus propias manos. Y aquella noche, tan pronto como escuchó la voz de la cacatúa, llamó a los soldados que con él habíanse previamente escondido en unos macizos de *gumamelas*, les señaló el ave oculta en lo alto del magnolio, les llamó “cobardes”, “indignos del nombre de guerreros”, y les dijo:

—Ahora mismo voy a disparar una flecha para matarla.

Y al amparo de la luna creciente, apuntó hacia el árbol.

Los guerreros quisieron detener su brazo, recordándole que aquella cacatúa podía ser un ave sagrada enviada de los dioses y no debía tocarla; pero él, soltando una ruidosísima carcajada, levantó el brazo para lanzar el dardo. En este momento una flecha le atravesó el codo. Ino-Dactú acababa de disparar contra el sultán. Y cuando los guerreros intentaron huir despavoridos, ignorantes de quién había podido atacar al soberano, el búho les gritó desde lo alto:

—Es el muchacho que se halla escondido en la entrada del subterráneo cegado del *mangostán*<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> \*Árbol pequeño del mismo nombre que su *nia mangostana*).  
fruta que crece hasta 10 m. de altura (*garci-*

Viéndose perdido, Ino-Dactú disparó otra flecha que se hundió en el pecho del sultán. Los guerreros, al ver herido a su jefe, tensaron sus arcos y apuntaron, unos contra la cacatúa otros contra Ino-Dactú. Éste se disponía a disparar por tercera vez sin rehuir el combate, sereno y altivo.

El búho contemplaba la escena desde la altura, vigilando de reojo a Mahamut, situada ésta en un árbol cercano al suyo, pero sobre una rama más baja.

Sabía que Ino-Dactú no podría ya salvarse, porque, aunque él disparase antes su arma, ésta podría eliminar a un enemigo, evitar una flecha contraria, pero no las cien que le apuntaban; y se regocijaba con su triunfo porque la burla de las águilas había herido su amor propio y expuesto su prestigio de ave sensata y sabia. Sucedió, sin embargo, que, en el preciso momento en que iba a decidirse el destino del muchacho, el búho vio que Mahamut sacaba con su pico algo de entre el plumaje de su pechuga, por debajo del ala, y lo lanzaba a lo alto contra él. Entonces, rápido, alcanzó el cuerpo lanzado y, mientras lo sujetaba con su propio pico, volvió a mirar a Ino-Dactú, porque a su oído había llegado ya el silbido de las flechas disparadas.

Pero, ¡oh, prodigio! Ni Ino-Dactú estaba allí ni la cacatúa en su rama del magnolio. Su mirada escrutó la floresta, la enramada, los arbustos, los canalillos, y no vio nada. Tanto Ino-Dactú como la cacatúa se habían hecho invisibles.

La luna iluminaba el parque, pero ni aun así distinguió a los desaparecidos.

Y antes de que llegase a averiguar lo que pudiera ser aquel cuerpo redondo detenido por su pico en el aire, oyó un estruendo ensordecedor de armas y cuerpos que chocaban, de gritos de guerra y de muerte; mil flechas cruzaban la floresta, cien lanzas atravesaban el parque y, finalmente, unos guerreros desconocidos, con escudos malayos, perseguían

a los soldados del sultán. También él huyó despavorido, refugiándose en el tronco hueco de un árbol viejo, mientras el sultán se desangraba y moría en el suelo, pisoteado por la turba invasora.

—No cabe duda —pensaba el búho—, esto es una maldición de los dioses. Las voces no eran fingidas: la cacatúa, el niño, la garza, todos, todos, enviados del más allá para infligir un castigo.

Y tembló de arrepentimiento y de pavor.

Al llegar a este punto de su narración, Juana se levantó apresuradamente, porque había oído la campana de la casa llamando al desayuno. Un desayuno fuerte, de huevos con chuletas de cerdo o pollo, *morisqueta* frita, tortas de harina de arroz y café con leche de cabra.

—Bueno, Juana, pero ¿qué pasó con Ino-Dactú y la cacatúa? ¿Por qué se hicieron invisibles? —preguntaba yo, temerosa de que quedase suspendido el relato en el momento más interesante.

—Echad a andar, que vais a llegar tarde.

Y trepaba por el talud con prisas de regreso.

—Bueno, cuenta, cuenta —insistía yo con tenacidad infantil.

Pero ella corría jadeante. Cuando pasábamos por delante del *mango* dulce del huerto divisé a lo lejos, por un sendero que desembocaba en la calzada principal, el caballo de mi padre, sobre el que venía montado.

—Mira papá, lo lejos que viene —exclamé regocijada—, no podemos desayunar mientras no esté él en casa. Sentémonos debajo de este *mango* hasta que le veamos llegar.

Juana, convencida, accedió.

—Escuchad, que esto es lo más bonito —nos dijo. Y continuó relatando.

El objeto que Mabamut extrajo de entre su plumaje y lanzó contra el búho era una perla, una de las lágrimas del príncipe, colgadas de su cuello la mañana triste en que lloró su amargura abrazado a la garcita blanca. Aquellas perlas tenían una virtud, un don, un poder; pero estaban condicionadas estas gracias a que un búho, si era de noche, o un águila, si era de día, las cogiese en el aire con el pico al ser lanzadas al espacio por la garza. Quiero decir que el dios de las aves, cuando dio su nombre a Mahamut, le hizo esta promesa: “Si algún día, por tu bondad o por tu heroísmo, consigues que un personaje real llore de agradecimiento sobre tu plumaje, sus lágrimas ensartarán un collar de perlas en torno a tu cuello. Por cada perla te será concedida la gracia que desees, siempre que al desearla dispares la perla al espacio y sea alcanzada con el pico por un búho o por un águila, según sea de noche o de día. Si la perla cae al suelo, la gracia te será negada y habrás desperdiciado una ocasión al perderla.”

Era la primera vez que Mahamut hizo uso de tal privilegio, puesto que la vida de Ino-Dactú y de la pobre cacatúa le eran bien queridas.

Viéndoles en gran peligro, pidió al dios de las aves que los salvase y lanzó una perla al espacio; el búho, al detenerla, libró a sus enemigos.

Entonces Mahamut corrió presurosa al lugar donde estaba Ino-Dactú invitándole a que huyese. Cuando iban a saltar la empalizada el fragor de la lucha que se desarrollaba a sus espaldas les hizo volver la mirada atrás. Vieron cómo los soldados del sultán huían llenos de pavor, y cómo los asaltantes sembraban la muerte entre gritos de victoria. A la cabeza de ellos, arrogante y valeroso, iba un hombre que el niño reconoció en seguida. Era su primo, el mismo que mientras Ino-Dactú salía de la isla de Negros se hallaba reclutando hombres y fabricando armas para un ejército.

—Mahamut, Mahamut —dijo, invadido por la sorpresa—, es Hamabul, mi primo; ¿qué intención le habrá impulsado a hacer esto?

—Huyamos, huyamos —replicó la garza—, que no te vea; por las almas de tus antepasados, que no sospeche que estás aquí.

Y con su poder irresistible y misterioso arrastró al muchacho tras de ella.

Mientras corrían amparándose entre las sombras de los árboles escuchaban el clamor de las armas al chocar, los lamentos roncós de los heridos y moribundos, los gritos de guerra y victoria de los triunfadores. Y más a lo lejos, las pisadas de los fugitivos que huían de los poblados para librarse de los asaltantes que pronto saquearían e incendiarían sus aldeas.

Ino-Dactú se paró súbitamente y exclamó:

—Ahora o nunca, Mahamut vamos a la fuente de la Salud a libertar a mi madre.

—Ten prudencia, muchacho, y esperemos. ¿No ves que nos vamos a encontrar con gentes por doquier?

—¿Y qué importan las gentes, si no nos conocen?  
Acompáñame, Mahamut, o me voy yo solo.

Una de las ratitas se les presentó de improviso.

—Llevo media hora buscándoos. ¿Dónde está la cacatúa?  
Ninguno de los dos la había vuelto a ver.

—Búscala tú —ordenó Ino-Dactú a la rata— y esperadme en la barca.

—¿A dónde vais? —preguntó la ratita.

—A la fuente de la Salud, en busca de mi madre. Adiós.

De un salto salvó un foso y salió corriendo. Le siguió la garza. Pero antes encargó a la ratita que, si sobre el amanecer no habían regresado, saliesen las águilas en vuelo de reconocimiento para localizarlos.

El palacete de caña y paja de la fuente de la Salud estaba ardiendo cuando Ino-Dactú y Mahamut llegaron al lugar. La imagen de Mahoma que guardaba la entrada yacía derribada y rota en el suelo. Ni un ser humano se veía en aquellos parajes. Los que habían llegado hasta allí se habían marchado ya con las mujeres que fueron a buscar.

Ino-Dactú gimió, desesperado:

—Tarde, tarde; ya me lo presumía.

Pero la garza le consoló:

—Estás muy nervioso, muchacho; cálmate, date un buen baño en la cascada y regresemos luego a la barca.

—¿Sin averiguar antes dónde está mi madre?

—Seguramente las ratitas o los pájaros tendrán noticias que darnos y nos dirán si la han visto.

Esta reflexión serenó al príncipe. Se chapuzó en la laguna, llegó nadando hasta la cascada y aspiró, pletórico, el aura perfumada con la Dama de Noche bajo el beso de la luna, mientras el agua espumosa caía sobre su cabeza morena y daba descanso a su cuerpo fatigado.

—¿No puedes tú venir hasta aquí? —gritó, eufórico, a Mahamut.

—No; acaba y marchemos.

—Espera, espera todavía —contestó entusiasmado y radiante.

Volvía a ser un niño. Se olvidó por un momento de su madre, de su aventura, del peligro, de la barca, de sus compañeros. ¡Aquella soledad, aquella cascada que ponía aureolas de espuma a su cuerpo, aquella laguna dormida sobre el regazo de la noche iluminada, aquel susurro del bosque perfumado...!

Saltó otra vez a la laguna y comenzó a nadar trazando círculos en el agua.

—Vámonos, vámonos —insistía Mahamut. El muchacho se zambullía, buceaba, surgía de nuevo, cortaba el agua con las piernas y volvía a desaparecer bajo la superficie.

—Es indispensable que regresemos —gritó, seria e imperiosamente, la garza.

Ino-Dactú nadó a la orilla y se dispuso a marchar.

—Tengo ganas de estar de vuelta en mi isla, con mi madre —murmuró el príncipe.

—Yo también —suspiró la garza.

En la barca estaban todos, todos menos la cacatúa. Una preocupación comenzaba a inquietarles. ¿Dónde estaría la cacatúa? Pero había que esperar algo más antes de emprender una búsqueda.

Las ratas sabían lo que había ocurrido en la fuente de la Salud. Hamabul, tan pronto como se enteró del paradero de su tía, corrió personalmente al lugar donde se hallaba, y en una hamaca de mano se la llevo. Detrás, a pie, iba la favorita del sultán como cautiva.

Las habían embarcado en sus *praos* y habían salido al mar por el río grande. Sólo una embarcación quedaba para recoger a los rezagados y salir tan pronto como amaneciese.

—Por lo tanto no nos queda ya nada que hacer aquí —opinó la rata madre—. Debemos partir antes de que rompa el alba para evitar caer en manos de los moros cuando regresen a sabiendas de que sus enemigos ya abandonaron el lugar.

—Pues preparémonos a zarpar —dijeron las mayas.

—No podemos dejar aquí a la cacatúa, que tan bien se ha portado —objetó Ino-Dactú—. Esperaremos hasta que empiece a clarear el día.

Dos horas después vieron avanzar hacia ellos un bulto blanco, y sin dar tiempo a la cacatúa para que les explicase la causa de su ausencia desembocaron en el mar por la salida

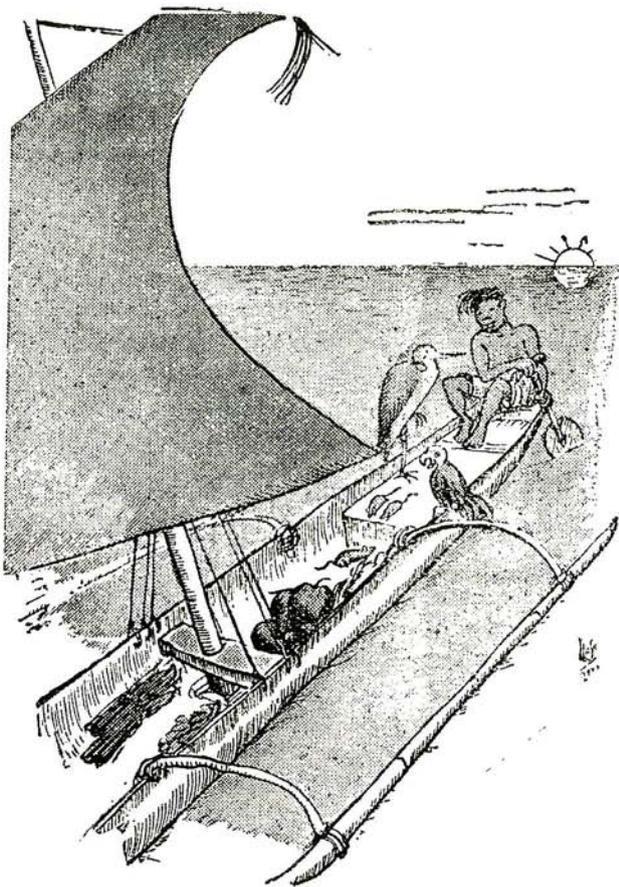
del Oeste, siguiendo el curso del afluente donde se habían refugiado. Cuando el sol iluminó de lleno la superficie del agua, notaron que a la cacatúa le faltaba el moño. Una flecha se lo había llevado en la refriega, y en vez del penacho de vivos colores hubo de resignarse la bella charlatana con lucir la monda de su cabeza desplumada. Su pena no tenía consuelo. En vano le aseguró Ino-Dactú que había sido la más brava y la más útil de la expedición; vanamente también la quiso convencer de que sus plumas volverían a salir, más jóvenes, más vivas de color y más empingorotadas. Ella se pasó el viaje de regreso oculta debajo del asiento de popa, y juró no dejarse ver por nadie hasta tanto no recobrase la maravilla cromática de su cresta de plumas.

En este momento de la narración hubimos de penetrar en casa, porque mi padre se apeaba del caballo frente a la puerta.

Apremiada por mi impaciencia, Juana tuvo que relatarme rápidamente el desenlace de esta historia, ya que no quise esperar a la velada de la tarde para saber por qué el primer *Camá-camá* había tenido la estatura de un niño de dos años, y todos los que le siguieron fueron de la altura de una garza. Aprovechando un breve descanso en su trabajo, me contó este final:

—Y al llegar a su tierra desembarcaron sin ser vistos, lejos del lugar del antiguo poblado. Se instalaron en la casa del árbol que el avaro pescador de perlas dejó en el bosque, y luego que se hubieron enterado que la expedición de su primo Hamabul contra los moros se debía al noble afán de éste por rescatar a su tía y restituir en su jefatura al viejo reyezuelo, presentóse Ino-Dactú a su madre y a aquél.

Hamabul había preparado previamente una casa para los jefes de la tribu, a la cual fue la madre de Ino-Dactú. Nombrado éste reyezuelo, pidió a Hamabul que se ocupase de la jefatura hasta que él fuese mayor de edad. Y el muchacho



Notaron que a la cacatúa le faltaba el moño

se dedicó a atender a su madre, a reanudar su afición por las bromas y las tretas y, sobre todo, a amar y acompañar a Mahamut. Conservaron en buen estado la casita del bosque para estar juntos muchas horas, sin que los súbditos ni sus familiares supiesen nada del escondido nido. Allí, Mahamut le tuvo que relatar el misterio de su poder, el regalo del dios de las aves, el don especial de las perlas y cómo por primera vez probó su mágico efecto para salvarle a él y a la cacatúa de una muerte segura. Entre ternuras y rubores, hubo de confesarle también su amor y cómo esperaba algún día llegar a ser su esposa.

—Pero eso es muy difícil, Mahamut —le contestaba Ino-Dactú tristemente—; para la realización de tu deseo tendría yo que dejar de ser rey y de ser hombre.

—O yo dejar de ser garza —contestaba ella.

—Mira, ésa me parece mucho mejor solución, que tú fueses mi princesa y luego mi reina —exclamaba entusiasmado.

Entonces Mahamut callaba. Ella sabía que, tarde o temprano, su padrino, el dios de las aves, había de hacerla feliz del todo.

La tribu de Ino-Dactú se rehizo y fue engrandeciéndose bajo la sabia y desinteresada regencia de Hamabul. Sus enemigos quisieron destruirla cuando, débil aún, en los comienzos de su reorganización creyeron que sucumbiría fácilmente. Pero el mágico poder de las perlas de Mahamut fue salvando los obstáculos y remediando las desgracias. El niño-rey siguió con interés el desarrollo del poblado y lo vio florecer con alegría; pero nostálgico de su independencia de niño, deseoso de evadirse del peso de la responsabilidad de un gobierno y, sobre todo, temiendo perder el encanto de sus horas íntimas en la dulce compañía de Mahamut, deseó que nunca llegase el momento de ser proclamado jefe efectivo y suplicó a los dioses

que, por una u otra causa, la jefatura quedase ya para siempre en manos de su buen primo Hamabul.

Llegó un día en que a Mahamut no le quedaban más que dos perlas de su precioso collar, y comunicó a Ino-Dactú que por nada del mundo volvería a hacer uso de ellas, puesto que quería reservarlas para un supremo instante de necesidad en su vida y en su felicidad.

Poco tiempo después enfermó gravemente la madre del reyezuelo niño. Se llamaron los mejores curanderos para que estudiaran la enfermedad y la sanaran. Ninguno acertaba con el remedio necesario. La madre del pequeño rey se moría. Mahamut, remisa a perder una perla más, se hacía la sorda ante las alusiones e indirectas del muchacho. Hasta que le vio llorar y tuvo que prometerle que salvaría a su madre.

Efectivamente, al siguiente día Mahamut espero con los ojos puestos en el cielo a que cruzase un águila. Cuando la vio planear tiró hacia lo alto una magnífica perla. Ella e Ino-Dactú, plenos de emoción y de ansiedad, la vieron pasar muy cerca del águila y luego caer pesadamente al suelo. La garza la había lanzado bien, pero el águila estaba ciega y no hizo presa. El muchacho lloró amargamente y corrió al lado de su madre enferma. Llegó a punto de recibir su bendición y de recoger su último suspiro.

Como siempre, Mahamut, fue el gran consuelo en la tristeza de Ino-Dactú. Cumplidas las ceremonias de los funerales y después de que el cuerpo de su madre, expuesto a la intemperie entre el ramaje de un gran árbol fue consumido por los pájaros, el muchacho se retiró a su casita del bosque, y cuando regresó al poblado fue para comunicar a Hamabul que deseaba abdicar en él y seguir siendo libre como un ciudadano cualquiera. Hamabul trató de inculcarle la responsabilidad que encierra el haber nacido en una cuna real, de la que no se debe renegar por

caprichos o por hacerse la vida más fácil e independiente. “Los pueblos —le dijo— viven unidos cuando son regidos por una dinastía, sintiéndose fuertes en el idealismo de ser gobernados tradicionalmente por una misma sangre, prolongada en hijos y nietos.” Pero Ino-Dactú estaba firmemente resuelto a no ser rey y, sobre todo a fundir su vida con la de Mahamut amalgamando ambas en un solo sentir. Su realeza era el gran inconveniente y debía eliminarla.

Así fue cómo Hamabul pasó a ser el reyezuelo de la tribu, con gran contento del poblado, al que había gobernado justiciera y rectamente durante la regencia. El contacto con él inculcó en sus hombres el aprecio de sus virtudes y la admiración de su valor. Ninguno mejor para regirles que aquel guerrero heroico y bueno, reorganizador de la tribu, rescatador de la madre del príncipe, después de haber aniquilado al sultán que arrasó el poblado con instinto sanguinario de rapiña.

Consumada la abdicación, nada le quedaba que hacer a Ino-Dactú más que vivir holgadamente en compañía de la garza, recordando en sus cuidados la ternura de su madre y en su amor la posible pasión de su mañana viril. Y pasaron los días, se fue curando de su pena, vagaba sin preocupaciones por los bosques, se internaba en las selvas, cruzaba los ríos, reñía con los animales de los montes, los vencía con ayuda del *bolo* favorito que recogió entre los restos calcinados del poblado, hablaba con los pájaros y molestaba a los monos dondequiera que los hallase. Llevaba al cinto un *sumpit*<sup>18</sup> con una gran bola de arcilla, y las pildoritas de barro introducidas en la cañita salían lanzadas por su soplido, yendo a pegarse en las orejas de los monos que tranquilamente dormían sus siestas sentados sobre las ramas. Les preparaba trampas, escondía las crías a las

---

<sup>18</sup> Cañita hueca, que usan los chiquillos indígenas para disparar bolitas de arcilla.

hembras y, en fin, todo cuanto podía atormentarles lo ponía en práctica el muchacho.

Llegó la época de la reproducción; las mayas escondían sus nidos a millares por entre los *tigbawales*, la selva se llenaba de trinos, las flores cabeceaban bajo la brisa que transportaba su polen a otras flores, y las libélulas, las abejas, las mariposas libaban del néctar llevando entre sus patas la semilla que había de dar el fruto meses más tarde. Los animales, obsesionados con un renacer de vida en sus entrañas, se perdían por los bosques y se dejaban cazar, olvidándose de la cautela, de los peligros, de todo lo que no fuese la fuerza inconsciente del amor.

Y una noche de plenilunio Ino-Dactú le contó a Mahamut que estaba triste. Luego le preguntó:

—¿Tú no tienes amor? ¿Tú no haces tu nido como los demás pájaros?

—Yo tengo amor, pero no hago nido. Yo no amo a ninguno de mi especie; mi amor eres tú, pero tú no sirves para el nido de una garza.

—¿Por qué? —interrogó el muchacho.

—Porque eres un hombre y yo soy un ave —contestó Mahamut.

—Y si yo fuera pájaro...

—Haríamos un nido —interrumpió la garza.

—Yo quiero ser garza. Mahamut; yo quiero ser garza —suspiró Ino-Dactú.

Mahamut comprendió y sonrió, dichosa.

—¿Estás seguro de que quieres ser garza? ¿No te arrepentirás nunca de haber dejado de ser hombre?

—Nunca —contestó resuelto—. Los hombres son malos, yo prefiero ser ave. Me gustaría volar, tener plumaje, dormir en un nido... Me gustaría ser garza como tú.

Mahamut le miró largo rato y habló así:

—No me queda más que una perla del collar que colgaste en mi cuello; mañana pediré a mi padrino que te convierta en garza.

—¿Por qué no ahora mismo? —preguntó el muchacho.

—Los búhos son poco seguros; podría fallar el destinado a coger la perla con el pico; mañana, cuando se presente un águila, esperaremos a verla hacer presa para cerciorarnos de que no está ciega. Entonces arrojaremos la perla al espacio. ¡Mira qué hermosa! —Y se la mostró a Ino-Dactú.

El muchacho apenas pudo dormir aquella noche. No se sabe si de felicidad o de preocupación. Sentía un deseo indefinido de amar, pero pensaba que si amaba a alguien que no fuese la garza, ésta moriría de tristeza, y maquinalmente apartó de sí la idea de una mujer compartiendo su vida. No, por nada del mundo podía causarle una pena a Mahamut. Además, amante empedernido de la libertad, le horrorizaban los convencionalismos de la tribu, atada a leyes absurdas para su mentalidad, expuesta a ser arrasada por sus semejantes y obedeciendo siempre a un hombre. Los espacios del cielo le atraían, y éstos eran para las aves; el campo y la selva, los arroyos, los herbazales, la montaña, el prado, los valles, toda la naturaleza, en fin, le embriagaban y podían ser más para él siendo pájaro que hombre. Tenía la certeza también de que nadie sabría amarle con la abnegación, la ternura y la intensidad con que le amaba la garza. Sí, decididamente, era mejor ser ave para siempre jamás.

¡Ah, pero si la perla no fuese alcanzada por el águila! Era la última, y tras el fracaso nunca ya podría realizar el sueño de fundir su existencia con la de Mahamut. ¡Qué sobresalto más punzante mantenía sus ojos en vela dolorosa! Se revolvía sobre su lecho de hojarasca, sentía calor... Se asomó al borde de la plataforma —pues la casa no tenía ventanas y estaba abierta

por un lado—; vio que la luna se había ido y que las estrellas se apagaban también ante una claridad lechosa que velaba el cielo. Iba a amanecer.

Mahamut le miraba, pero nada le decía. Volvióse el muchacho a su lecho. A los pocos minutos surgió la claridad asomándose por el horizonte. Más tarde, el sol. Ya estaba el campo lleno de voces, de murmullos, de susurros.

—¿Y si el águila falla en coger la perla? —preguntó, al fin, a la garza.

—Será que mi padrino, el dios de las aves, no te quiere para sí. Siendo ésa su voluntad, habremos de resignarnos.

—¿Y qué haríamos entonces?

—Yo seguirte a todas partes; tú, marchar por tus caminos de hombre prescindiendo de mí —replicó Mahamut.

—No, no; yo no sería feliz así. ¡Qué angustia, Mahamut, qué angustia...! ¿Dónde está la perla? ¿No ves ningún águila? Tírala pronto, Mahamut; tírala pronto.

El muchacho voluntarioso de ayer se había hecho vehementemente, autoritario, impaciente.

—Espera, espera, Ino-Dactú; cerciorémonos antes de que no esté ciega el águila que elijamos —aconsejaba la garza.

—Por allí viene una; anda, tírala; vuela muy bien, es joven y rápida; ¿no ves los giros que hace? ¿La puedo disparar yo?

—No, ha de ser mi pico el que la lance.

—Pues hazlo; ya planea hacia aquí —insistía el muchacho.

—¿Y si te arrepintieses luego? —dudó la garza, entristecida.

—Nunca, Mahamut, nunca —y la besó en el plumaje del cuello para convencerla.

Mahamut, contagiada, perdió la prudencia y lanzó la perla con entusiasmo, radiante de ilusión, encendida en la pasión de Ino-Dactú.

La perla subió muy alta, por encima de la cabeza del

águila. Ésta la vio elevarse, pero no pudo atraparla mientras ascendía y dio un giro para remontarse sobre ella. Cuando quiso bajar la perla había comenzado a caer. Como era grande y pesada descendía rápidamente. Mahamut e Ino-Dactú la vieron precipitarse hacia tierra, apretados en un abrazo de angustia y de temor. El águila, joven y vigorosa, aguijoneada por su fracaso se lanzó impetuosamente sobre la presa que se le escapaba y la alcanzó unos metros antes de llegar al suelo. Pero el niño y la garza observaron que, a pesar de todo, se estrellaba sobre el campo un cuerpo, mientras el águila remontaba el vuelo otra vez con un objeto en el pico.

No se explicaban lo que había podido ocurrir.

Simultáneamente el muchacho sufría una metamorfosis. Como si se vaciase todo él, como si perdiese peso, como si parte de su materia se evaporase, se encontró ligero, aéreo, incorpóreo. Mahamut le miraba con ojos de asombro y también de horror.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Estoy enfermo? ¿Me estoy muriendo?

Y se miró a su vez. Ya no tenía pies, los muslos se le habían cubierto de plumas, y las pantorrillas, de escamas, rematadas en cinco garras iguales a las de Mahamut. Pero el pecho y la espalda eran de hombre, así como el cuello, y en las manos no tenía más que dos dedos, que se cerraban y se abrían como un garfio, mientras los brazos eran anchos, aplastados y revestidos de plumaje. Se tocó la cabeza. Allí estaban las plumas largas del casco de las garzas; los ojos se le habían corrido a las sienes; tenía pico en vez de nariz y boca. Sí, la cabeza era de garza toda ella, Ino-Dactú no sabía si alegrarse o llorar.

—¿Qué es esto, Mahamut? —interrogó al fin.

—No me explico —respondió la garza, sin comprender—. ¿Puedes andar? —le preguntó.

—Probaré —respondió Ino-Dactú.

Y como sabía hacerlo tan bien como una garza cualquiera, le dijo:

—Sígueme. Vamos a ver qué es lo que cayó al suelo después de que el águila hubo alcanzado la perla.

En el sitio indicado hallaron la mitad de ella. El águila había puesto tanto ímpetu y tanta fuerza por alcanzarla, que al hacer presa la partió en dos. Una mitad cayó al suelo, la otra se la llevó en el pico. Debido a esto, sólo se cumplió a medias el deseo de Mahamut.

Ino-Dactú no era ni hombre ni ave, sino ambas cosas a la vez, por partes iguales.

—¡Qué desgracia! —exclamó Mahamut—. No eres ni garza ni hombre.

—¿Qué tamaño tengo? —preguntó aquél.

—Algo más alto que yo, pero más bajo que antes.

—¿Quepo en un nido de garza?

—Sí, eso sí —contestó Mahamut, más animada.

—¿Me quieres así? —interrogó de nuevo Ino-Dactú.

—Te quiero mucho más —le respondió dándole un picotazo de cariño.

—Pues soy feliz... —y luego añadió—, pero me da un poco de vergüenza que me vean con esta traza.

—No te preocupes; al lanzar la perla pedí al padrino también que te hiciese invisible. Sólo yo puedo verte, y aquéllos a los cuales te quieras mostrar.

—Magnífico; déjame probar si puedo pellizcar con estos dos dedos.

Mahamut dio un grito porque le había hecho daño.

—Lo que me voy a divertir dando bromas sin que sepan por dónde vienen.

Así surgió el primer *Camá-camá*. Hicieron un nido más grande que los corrientes. Y fueron felicísimos; tan felices, que

Juana no encontraba palabras para expresar su dicha y dejó a nuestra imaginación el modo de averiguarlo. Yo tampoco sabría explicaros, lectores, la grandeza y el rebose de su contento, y brindo, a mi vez, a vuestra mente el pintároslo como podáis. No llegaréis nunca a la realidad, porque aquella felicidad quedó por encima de todo cuanto podamos idear. Sólo sé deciros que no volvieron a acordarse de las perlas ni las echaron de menos, porque en ningún momento desearon nada, ya que todo lo alcanzaron con su amor. ¡Ah, y sus hijos fueron todos *Camá-camaes*, traviesos, bromeadores y dichosos, como sus padres!



